

La verbena. Por Braulio G. Bautista

sábado, 01 de diciembre de 2007

Modificado el miércoles, 31 de diciembre de 2008

LA VERBENA

Relato corto

Aquel

dé-a decidimos irnos de verbena a Bañaderos. Pocos alicientes, en cuanto a diversión se refiere, tenía la vida por entonces para una pollada como la que nosotros formá-bamos, como para que, encima, dejá-ramos escapar una verbena, un asalto, un vermouth! un jodá-o baile, en definitiva. Por Braulio G. Bautista.

LA VERBENA Por Braulio García Bautista.

Aquel día decidimos irnos de verbena a Bañaderos. Pocos alicientes, en cuanto a diversión se refiere, tenía la vida por entonces para una pollada como la que nosotros formá-bamos, como para que, encima, dejá-ramos escapar una verbena, un asalto, un vermouth! un jodá-o baile, en definitiva.

Creo que en esta ocasión í-bamos Luis Miguel "Pan de a Perra", Luis "Sardina", Manolo "El Papá-o", Antonio "El Barrabas" y yo. Sí-, por supuesto, yo también tenía nombre, o dichete: me llamaban "Yul Brynner", porque todos los veranos me pelaba casi al cero. Lo bueno de ese mote era que en cuanto me crecía el pelo ya no tenía razón de ser y dejaban de usarlo para zaherirme.

No puedo precisar como llegamos a Bañaderos. Probablemente tomamos el coche de hora y nos plantamos allí- con bastante antelación, porque lo que sí recuerdo, claramente, es que estuvimos echándonos unos "guajais" en uno de los bares que había a la orilla de la carretera que atravesaba, y atraviesa, al costero vecindario.

De pronto hasta donde está-bamos "beberretiendo" llegaron las primeras notas de las Islas Canarias, se alinea la voca de que el bailongo iba a empezar. Antes nos habían ido llegando los agudos aullidos, los acoples, de la exigua megafonía colgada en los árboles de la plaza y los reiterativos "Probando, probando" uno, dos, tres, as- que ya está-bamos pagando la cuenta- a riguroso escote, o estilo Guá- cuando, como les decía, sonaron las estentóreas notas de la trompeta de Juan Mejías atacando en el solo inicial del machacado pasodoble.

Salimos en tropel del bar y corrimos hacia la plaza. Ya había un par de parejas marcándose nuestro "casihimno". Se desplazaban por todo el recinto aprovechándose de que aun no tenían competencia. Ellas un poco avergonzadas y ellos, con la boina abandonada en la coronilla y el Kruger o el Mecánico Amarillo en la comisura de los labios, claramente inspirados por los rones con

los que acababan de cauterizar, como todos los días de Dios, sus sufridas gargantas. Competían en forzadas evoluciones, pero eso sí, muy serios, dramáticamente serios diría yo, como si en vez de estar bailando, hubiesen estado velando a un difunto.

Ya algunas madres estaban sentadas en las sufridas sillas de tijera dispuestas alrededor de la plaza y al lado de cada una de ellas, en actitud sumisa, sus endomingadas pibitas con trajes estampados y rebequitas de punto casero o de angorina, porque llegaban del mar unas rachas de brisa muy frescas y no era cosa de trancar un constipado.

Decidimos que aun no había un material que justificara el pagar un duro por la entrada, así que nos volvimos al bar y nos echamos otra botella de vino Brillante con unos enyesques de carne compuesta y unos manises que el dueño del bar desparramó desdeñosamente sobre el mostrador enfornado con plancha galvanizada.

Para cuando volvimos a la plaza, la verbena estaba en todo su apogeo. En ese momento la orquesta atacaba un tema muy en boga: «Siga el baile siga el baile, de la tierra en que nací, la comparsa de los negros al compás del tamboril» y la verdad es que se le iban a uno los pies detrás del contagioso ritmo. Pagamos apresuradamente la entrada y nos metimos de cabeza en la placita.

Pero, para nuestra desgracia, habíamos tardado mucho y ya no quedaba una piba que valiera la pena libre. Así que nos tocaba esperar, como buitres carrozeros, a que alguna dejara plantado a su pareja de baile para caerles, literalmente, encima. Y en eso estábamos, cuando alguien divisó a un bombonazo apoyado en la balaustrada en un extremo de la plaza: ¡Coo, fuerte jembra!

De la niña en cuestión sólo veíamos la cara, de rasgos muy canarios- o sea: boca grande de labios carnosos; ojos inmensos y negros como noche sin Luna; pelo enrizado etc. etc. etc.- y una hermosa pechuga enmarcada por sus brazos cruzados justo debajo de donde terminaban las glándulas mamarias, como para hacerlas resaltar aun más. Todos salimos disparados hacia donde se encontraba, pero Manolo «El Papá» se metió entre las parejas danzantes y el muy cabrón llegó el primero. Cuando yo arribé jadeando no sólo por la carrerita, sino supongo que también por el deseo- Manolo ya estaba hablando con la pibita y esta le sonreía tímidamente, pero complacida. Así que me dediqué a buscar otra presa a la que pegarme como una lapa.

Después de dos o tres muchachas con las que sólo alcancé a bailar un par de piezas- pues se excusaban con el rollo de que estaban cansadas; o alegaban que sus madres no las dejaban bailar con la misma pareja más de dos veces- me acerqué a una que, literalmente, me llamaba con la mirada. La piba en cuestión, todo hay que decirlo, nunca había ganado un certamen de belleza, pero eso a mí me importaba muy poco. Lo realmente importante era poder sentir cerca de tu hambriento cuerpo, a otro cuerpo joven perteneciente al sexo prohibido y no crean los que aun no han llegado, o acaban de llegar, a peinar canas que exagero con lo de prohibido: en

aquellos pacatos tiempos, rozarse siquiera con una fñmina era todo una hazaña y entraña, incluso, ciertos riesgos fñsicos.

Me vino de perlas que la primera "pieza" que bailamos fuera el tango "Caminito", porque ya se sabe que el tango propicia el contacto corporal. Mi mano izquierda tom³ su "espera" mano derecha, le pasé decididamente mi otra mano y mi brazo por su cintura y la acerqué, sin resistencia, a mi terreno. Me sorprendí comprobar que no me ponía "el freno" casi todas las chicas practicaban esta táctica contra los aprovechados y la cosa consistía en situar su mano izquierda en el hombro derecho del pollo en cuestión, a fin de contrarrestar su abrazo de oso y mantenerle bien "separado" de las zonas vitales-

Ni la piba ni yo habíamos bailado el tango en nuestras cortas vidas -todavía yo no había recibido las lecciones magistrales que sobre él me dio, años después, en los bailes de Educación y Descanso, "África La Churra", así que tropezábamos continuamente, lo cual, lejos de ser un inconveniente, era algo realmente gratificante, pues, en esas faltas de sincronía, su pecho y su vientre se estrellaban contra el mío, absolutamente "divido" de recibir esos reveladores impactos.

Poco a poco me fui llevando a la pibita hacia el centro de la plaza, hacia el núcleo de los danzantes, para perdernos de las miradas vigilantes de su madre y de su hermana mayor- que no bailaba por obvias razones-. Por allí me encontré con el resto de la pollada con los que intercambié, por encima de los hombros de nuestras respectivas parejas, imperceptibles señas de asentimiento y regodeo! El único que faltaba era Manolo el Papá. El hombre seguía de "chicha" con la pechugona, apoyado, muy recatado él, en la balaustrada de la plaza.

Cuando mejor estaba yo, con la muchachita metida ya en tablas, extasiado de tanta cercanía y rozándonos, de vez en cuando, los cachetes, vino la jodida hermana a decirle con regocijo de primitiva maldad en la mirada y mientras le tironeaba la manga de la rebeca: "Chacha, maye dice que ya nos vamos pa' casa". Yo, apresuradamente, le pregunté que dónde vivía y si su madre tendría inconveniente en que las acompañara. Ella me contestó en voz baja y de forma melosa, que vivía "a un tiro de piedra" y que iba a preguntarle a su madre. Me mantuve alejado mientras hablaban entre las tres y solo me acerqué cuando la piba me hizo señas de asentimiento con la cabeza.

La vieja ni contestó a mis buenas noches y echó a andar ligerita, seguida por la fea y, algo más distantes, por nosotros dos "¡chacho, chacho, chacho! ¿a un tiro de piedra?... casi llegamos a Arucas! Ahora, eso sí-, yo por el camino me cobré las suelas que estaba gastando. Al parecer tanto la vieja como el "mostró" de la hermanita, se olvidaron de controlarnos y jamás volvieron la cabeza en todo el largo trayecto para ver que hacíamos, así que fuimos cogiendo confianza y, mientras caminábamos por la orilla de la carretera, nos dimos "banquete" por cierto, a resultas de aquel "banquete" inconcluso, yo agarré una orquitis del carajo parriba, diagnosticada al día siguiente por Don Ramón Jiménez, pero ya ese es otro cuento.

Cuando volví a la plaza donde ya había concluido la

verbena- cansado pero exultante- me encontré con la jarca de Guía en un ventorrillo jincándose la del estribo. Un minuto después de haber llegado yo, apareció un Papá-o también feliz- Chacho ¿y por qué no bailaste con la piba?- le preguntamos todos a una- y él se quedó mirándonos sonriente, con aires de superioridad, pero sin contestarnos, y así- estuvo un rato interminable, hasta que alguno, insistiendo, le preguntó: ¿Bueno ¿qué, la ordeñaste o no? Ah- Manolo se descompuso y casi echando espuma por la boca vociferó: Pero ¿es que ustedes no piensan en otra cosa, salidos de mierda?... Nos quedamos todos atónitos ante lo que nos parecía una reacción excesiva y nadie dijo nada hasta que le oímos exclamar con pena: No bailé con ella porque la pobre tenía un defecto- ¿Un defecto? ¿qué defecto ni que na, estaba buena- le gritamos todos otra vez casi al unísono- hasta que él, con tristeza asintió: Sí-, estaba buena, pero tenía una pierna ortodoxa, ¿vale?... ¿Una pierna qué, Manolo- ¿Coño, bobos de mierda, una pata metálica, una pata ortodoxa, ¿estamos? ¿no saben que coño es eso? manada de mamones, ignorantes del carajo!

Desde entonces, no hay reunión anual de los pocos que ya vamos quedando de aquel desbocado curso del Instituto Laboral Sancho de Vargas, en que no salga a relucir, entre otras muchas, la eaneSdota de la chica con la patita ortodoxa.

Ha dicho.